



Universidad Nacional
de General Sarmiento **2013**

Vigésimo aniversario de la creación de la Universidad y bicentenario de la Asamblea del año XIII

Edición del día jueves 12 de septiembre de 2013 • Número 04

La Universidad interviene

en los debates nacionales

Catolicismo y papado. Historia y situación actual

José Pablo Martín



La Universidad Nacional de General Sarmiento cumple 20 años y lo festeja ofreciendo a los lectores de Página/12 otras tantas contribuciones de sus investigadores-docentes para pensar los problemas nacionales.

Catolicismo y papado. Historia y situación actual

José Pablo Martín

Investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento

En el orden mundial, el catolicismo constituye un entramado social y un horizonte de creencias y de ideas que ponen en juego una larga tradición y que actualmente experimentan crisis y transformaciones. En la Argentina, el catolicismo trae en su memoria fuertes momentos de relación con la nación, contrapuestos modos de recepción del Concilio Vaticano II y una experiencia de fractura interna durante y después de la dictadura de los 70. Recientemente, la relación de ambos catolicismos –el local y el mundial– ha ganado en novedad y dinamismo por el hecho de que un argentino ha sido elegido cabeza de la Iglesia y soberano del Vaticano.

En estas páginas, sin ánimo de evaluaciones y con mis personales microscopios y catalejos, describo cómo veo las correlaciones de fuerzas que se miden en este complejo campo de la historia humana.

El catolicismo se remonta a la comunidad de Jesús, que abrió una era de la historia con un anuncio del cumplimiento de la gran profecía hebrea del Reinado de Dios en la Tierra. Después de la crucifixión del Maestro, una primera generación de discípulos proclama la urgencia de la conversión de mente y conducta, en atención al inminente retorno del Mesías Resucitado que presidiría la humanidad de los últimos tiempos. Pero hacia fines del siglo I los líderes comunitarios deben explicar las razones de la tardanza de la venida gloriosa del Señor. Es necesario pensar las cosas nuevamente, y entonces se dan varias respuestas sobre la dilación; estas abren múltiples caminos, a veces convergentes, a veces divergentes. ¿Por qué no se agotó la fe y el entusiasmo de la primera comunidad ante la crisis de la tardanza? Entre múltiples respuestas puede señalarse que no solo había crecido la predicación sino la organización de comunidades. La experiencia de la expectación del futuro se hace también determinación del presente según criterios innovadores: cuidado del desvalido, igualdad del judío y el griego, equiparación del varón y la mujer, salvación más allá de la muerte. El crecimiento de estas comunidades o cofradías otorga poder social y político a sus líderes, que a su vez padecen la persecución del poder romano por una cuestión teológico-política, todavía actual, sobre la comprensión del principio “uno es el Señor”.

El tema del poder emerge también en el interior de la comunidad cristiana. La expansión mencionada había avanzado sobre nuevos ámbitos étnicos y culturales corriéndose progresivamente hacia el centro político, Roma, y acopiando selectivamente elementos de culturas muy diversas.

La diversidad exige un proceso inverso de unidad, en la liturgia, en la biblioteca, en la doctrina,



que deja a algunas expresiones originarias fuera de lo que a partir del siglo IV se llamará *ortodoxia*. Después del empeño de las elites romanas por frenar la expansión del cristianismo con duras represiones durante el siglo III, en el siglo siguiente, durante el reinado de Constantino, se establece la libertad religiosa en todo el imperio, y hacia fines del siglo IV, con Teodocio, las cosas se invierten, pasando el cristianismo a ser religión oficial y los cultos paganos objeto de proscripción.

El cristianismo y el Imperio romano se acercan, en algunos textos se identifican. El Imperio se recompone con una teología política más poderosa, ya que el monoteísmo sostiene la monarquía mejor que el politeísmo. Textos político-guerreros de la Torá vuelven a tener vigencia, en defensa de la ortodoxia. Aparece una filosofía que abraza esta época y que perdura en la medieval: el platonismo como dialéctica de la unidad y multiplicidad, cifrado en jerarquías de “hipóstasis” o entidades primeras. Desde esta filosofía se piensan las antiguas expresiones de fe mesiánica y también los nuevos conceptos políticos, como el del descenso de la divinidad hacia la tierra en el ícono del poder imperial, que ahora reina desde Constantinopla. El pensamiento anclado en lo histórico de la primera comunidad de Jesús se articula ahora con la metafísica de las jerarquías platónicas del mundo permanente. En el Mediterráneo florecen escritores, como Agustín de Hipona o Máximo el Confesor, que preludian el alma medieval. Ambos conciben una naturaleza y una sociedad como reflejos de las descendentes jerarquías divinas, que viven una historia de retorno a la comunión plena con el Creador, historia de la que la Iglesia de Jesús es considerada cifra, gestora y anticipación. La espera del regreso inminente de Jesús no es anulada, pero sí oscurecida por el brillo de las consecuencias sociales y políticas de la “conversión” del Imperio.

Constantinopla constituye el centro de la cristiandad por más de cuatro siglos, declina por la presión del Islam y cae en el siglo XV. En la actualidad muchas comunidades antiquísimas de confesión ortodoxa o católica soportan situaciones críticas en la vasta extensión que fuera bizantina, lo que no deja de ser hoy una cuestión candente para el nuevo papa. Pero aquí interesa más seguir la situación de Roma, que después de cinco siglos de decadencia, emancipada de la regencia bizantina, emerge en el siglo IX como polo gravitacional de la reorganización europea bajo el concepto de Imperio romano, esta vez *sagrado* y *germánico*. La dualidad *espiritual* / *secular* organiza los nuevos conceptos políticos que nunca pierden su referencia al Reino de Jesús, pero que no aparece ya tan *inminente* sino más bien *futuro*. Roma es la cabeza *espiritual* del entramado europeo pero con una base *secular* que la convierte en un actor decisivo, incluidos ejércitos, concertación de matrimonios, control de las universidades. En el subsuelo teológico –y a veces desde los púlpitos– subyace la discusión sobre si fue un bien o un lastre para la Iglesia su fusión con el Imperio romano, y si no habría que buscar su rostro verdadero en las tradiciones anteriores. Este es el trasfondo de la discusión provocada hoy por la negativa del papa argentino a usar la muceta roja que recordaba la *clamide purpurea* de los emperadores y que connotaba la supremacía del poder espiritual sobre el temporal.

Los Estados Pontificios ejercen funciones notorias en los desarrollos políticos en la época del Renacimiento, en las épocas de expansión colonial europea y durante las guerras que libraron monarquías contra repúblicas hasta el siglo XIX. El enclave romano es el principal polo de resistencia filosófica y política frente a los impulsos sociales emanados de la Reforma y de la Revolución francesa. En el orden teológico aparece un perjudicial enemigo interno al que llaman *modernismo*, cuyos propulsores eran clérigos que aplicaban métodos y criterios de las ciencias *modernas* a los temas antes reservados a las ciencias *sagradas*. Contra ellos, Pio IX sanciona una implacable “Lista de errores”, *Syllabus errorum*. La discusión sobre este documento, aunque subterránea, permanece como tema de agenda para el nuevo papa.

Pero cuando el papa Pio IX decreta este *Syllabus*, faltaban seis años para que los Estados Pontificios desaparecieran de la escena mundial. El gran movimiento patriótico por la unidad italiana decide ocupar los Estados del papa que dividían por la mitad el territorio. En 1870 Roma es tomada por las armas y convertida en capital del Reino de Italia. Pero la historia del Reino de Dios no se detiene, pues muchos de los *hermanos de Italia* que toman la ciudad y triunfan en el territorio itálico son anticlericales pero también católicos. Las iniciativas sociales del catolicismo italiano crecieron en los órdenes de la cultura y de la política de tal manera que ningún régimen podía ignorarlas. Así, en 1929 Mussolini y el Cardenal Gasparri firman los Pactos Lateranenses, por los que Italia concede al papado el predio de 44 hectáreas a la orilla derecha del Tíber, que es reconocido como Estado Ciudad del Vaticano; concede también una importante suma de dinero como resarcimiento patrimonial histórico, monto inicial de la banca vaticana. El papa vuelve a ser soberano, y el Estado papal vuelve a jugar un papel importante –*espiritual-secular*– en el concierto de las naciones. Por razones históricas, ningún país católico supera a Italia en la intensidad y profundidad de relaciones con el Vaticano. Ahora, un argentino ha sido designado soberano de este polo de relaciones.

En 1960, el papa Juan XXIII convoca a un Concilio, el Vaticano II. La convocatoria propone ventilar discusiones, muchas de ellas reprimidas desde la crisis del modernismo, y afrontar temas centrales de la definición de la Iglesia, que pasan de las universidades a las calles: ¿qué aspectos de entre los tantos que fue acopiando la Iglesia en su larga historia son realmente primigenios y constitutivos? La votación de más de dos mil obispos rechaza proyectos presentados por las comisiones preparatorias de la Curia. La asamblea descarta el habitual sistema de condenar a la sociedad moderna y se busca la proclamación positiva de la fe y las esperanzas de la comunidad de Jesús; modifica normativas que tocan la liturgia y otros aspectos de la vida del cristiano. Pero un grupo tradicionalista liderado por M. Lefebvre se separa de la obediencia al papa, y otros sectores que quedan adentro no acompañan el entusiasmo por los documentos aprobados; por otra parte, numerosos sectores reformistas terminan alejándose de las organizaciones eclesiales, desilusionados, o atraídos por compromisos sociales diferentes. Hoy, la cuestión no estará ausente del escritorio del nuevo papa: se discute si la lectura del Concilio debe seguir el criterio de la continuidad o de la ruptura. Más aún, se debe resolver la

DOS LIBROS ESENCIALES



El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, libro clásico de José Pablo Martín para comprender las décadas de 1960 y 1970 en la sociedad argentina, que la Universidad Nacional de General Sarmiento reeditó en 2010, y que brinda elementos sustanciales de ese largo proceso de catolización y militarización de la sociedad religiosa y política de nuestro país, sin el cual es casi imposible comprender lo sucedido y sus consecuencias para la época actual. El libro *Ruptura ideológica del catolicismo argentino. 36 entrevistas entre 1988 y 1992*, que se edita por primera vez a través de Ediciones UNGS, contiene las entrevistas que sirvieron de fuente fundamental para la investigación desarrollada por Martín, y constituye un insumo imprescindible para los estudios sobre el catolicismo argentino.

Más consultas sobre las ediciones de la Universidad en: www.ungs.edu.ar/ediciones

invitación del papa Ratzinger a los lefebvristas de la Fraternidad Pio X para que vuelvan al seno común. Esta invitación es rechazada por el superior de la Fraternidad, Bernard Fellay, siendo el punto de discordia central la valoración jurídica de los textos del Vaticano II; según ellos, el Concilio es inválido porque ha trastocado lo establecido infaliblemente por los papas antimodernistas. Casi todas las discusiones internas del catolicismo tienen este aspecto formal: ¿cuál de los textos de la Biblia, de los Concilios, de los papas tiene preeminencia sobre los otros? Un teólogo dará preeminencia a los textos bíblicos, pero ¿a cuáles de ellos? Por otra parte, el Nuevo Testamento no tiene lenguaje jurídico ni organiza instituciones y prefiere un estilo metafórico y exhortativo. Hasta ahora el nuevo papa ha preferido el estilo metafórico, exhortativo y gestual para hablar “al mundo”. Pero deberá enfrentar también otras definiciones.

En 1973, cuando la Iglesia buscaba aplicar el Concilio y la Argentina vivía tiempos turbulentos, un joven jesuita, el P. Bergoglio, es nombrado superior local de la Compañía. Sobre su actuación de entonces quedan testimonios controvertidos de un grupo de jesuitas que lo aprueba y otro que lo desaprueba. Se alaba su temple para conducir la comunidad; pero también se menciona una personalidad conflictiva que, por ejemplo, llega a desarticular el Centro de Investigación y Ac-

ción Social y empujar fuera de la Compañía a su director, Alberto Sily, de gran prestigio interno y externo. Para purificar ideológicamente la Universidad del Salvador, la desliga de la Compañía y la entrega *pleno jure* a una Asociación Civil que, con una estructura reservada sin transparencia académica, ha permanecido en la órbita de su influencia directa. En cuanto a su posición frente a los militares de la dictadura hay una controversia de larga data con posiciones incompatibles. Las sombras sobre su conducta no se originan en elementos de la “izquierda anticlerical”, como catalogó el vocero del Vaticano, P. Lombardi, sino que pueden remontarse a una carta del P. Orlando Yorio enviada en 1977 al asistente general de la Compañía, P. Moura, y a otros testimonios.

Después de un breve eclipse de meditación y formación, Jorge Bergoglio vuelve a la escena como obispo de Buenos Aires. Instauro un estilo que a muchos sorprende, no encarna tanto la figura del príncipe de la Iglesia sino la de un pastor del pueblo creyente. Es un hombre sencillo, frugal, modesto, y lo hace saber. Acompaña a sus sacerdotes y multiplica sus contactos con los humildes y marginados, aunque no olvida a las figuras clave de la política y la empresa. Se acerca a una línea pastoral que sus mentores, Lucio Gera y Juan C. Scannone, designan como *teología del pueblo* y que propone una ponderación evangélica del *ethos* de los pueblos latinoamericanos, distanciándose expresamente de conceptos políticos de otras líneas de la *teología de la liberación*. Grupos integristas llaman a Bergoglio *tercermundista*, pero hay que hacer una distinción. Los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo de los años 70 proponían en su mayoría una revisión crítica de la alianza del catolicismo con el *establishment* político de América Latina; la línea de Bergoglio, en cambio, quiere enraizar la pastoral en el pueblo hispanocriollo, sin querer cambiarle la cabeza sino acompañándolo en su peregrinaje creyente, que, se estima, no pretende hacer revoluciones. El mentor más decidido de esta posición ha sido el sacerdote Rafael Tello. Bergoglio se ha movido en esta franja del pensamiento teológico-político, como puede verse en su homilía con ocasión del Tedéum de mayo de 2004, que puede considerarse una diatriba en defensa de “nuestro pueblo” y en contra de las “elites ilustradas”, representadas por los funcionarios que asistían al Tedéum.

Sin embargo, puede admitirse alguna colaboración de las elites ilustradas. En junio de 2010, cuando algunos pensaban en el fin de la época del gobierno Kirchner, Bergoglio preside un acto de la Fundación Epoca de la Universidad del Salvador en la que presenta un documento firmado por Roberto Dromi y otros ministros de gobiernos anteriores, titulado *Consenso para el Desarrollo*. En la alocución que cierra el acto, Bergoglio establece los criterios políticos y morales para el nuevo período que se espera, ante la presencia de más de treinta líderes

de primera línea del arco opositor al gobierno. Esto muestra que esta vertiente pastoral puede tener dos andariveles; por una parte, acompañar al pueblo en su fe y solidaridad y, por otra, trabajar con las elites para evocar su conciencia cristiana. A diferencia de cierta *teología de la liberación*, no ve conflicto entre estos sectores sociales. La crítica contra el *populismo* de muchos documentos episcopales supone este problema: si se juntan por separado y sin dialéctica el acompañamiento de la religiosidad popular y la docencia ilustrada hacia las elites, no se esclarecen las implícitas contradicciones *políticas*.

Dicen que después de la elección de papa Francisco, Bergoglio bromea: “estaba cuadragésimo en el *ranking* de Londres, los que apostaron por mí habrán ganado muchísimo”. Su elección fue una sorpresa incluso en la Argentina. Sin embargo, la brevedad del cónclave debe tener una explicación. El arzobispo de Buenos Aires se había hecho conocer en los grupos de conducción de la Iglesia por su apego a una espiritualidad simple y firme, por su sagacidad política, por sus homilías ante clérigos—incluidas algunas conferencias episcopales de gran peso interno—y principalmente por su papel de redactor jefe de los documentos de la V Conferencia de obispos de América Latina. Y después de los hechos, debemos pensar que Bergoglio representaba un modelo de conducción alternativo a los dominantes en la Curia y diplomacia del Vaticano.

Bergoglio deberá aplicar la máxima evangélica “sean simples como la paloma y astutos como la serpiente” frente a varios nudos conflictivos de la vida vaticana. Los de mayor visibilidad pertenecen a campos que la Iglesia destaca en su enseñanza moral: el sexo y la economía. Se trata de recurrentes casos de pederastia por parte de curas acusados en tribunales, especialmente en países donde hay poderes judiciales independientes del clero; y del desprestigio de la banca del Vaticano que, por encima de todas las historias negras de las décadas anteriores, ha visto bloqueados sus cajeros automáticos por la autoridad monetaria europea en enero del presente año. Estos dos tópicos tienen una forma común: se trata de la contradicción que, en una institución que proclama la virtud, produce la tolerancia del vicio por razones de Estado. Una de las sorpresas para quienes estudian las cosas divinas es el descubrir cómo se parecen a las cosas humanas. No es fácil predecir cuál será la actitud del papa Francisco y en qué medida recordará sus posiciones anteriores frente a casos de sacerdotes como Von Wernich y J. Grassi.

Bergoglio ha sido elegido papa en un momento excepcional. La renuncia del papa Ratzinger, después de que sus íntimos violaran la reserva de su mesa de trabajo en forma masiva durante años, excede toda descripción. Hay que reconocer la

astucia y la fuerza del nuevo papa cuando instala su sede de comando en otro edificio, lejos de los portones, ascensores y puestos de guardia del lugar infectado. El nuevo papa encuentra una Iglesia que no ha logrado la reforma esperada en tiempos del Vaticano II en cuanto a consolidación interna de las comunidades, colegialidad en el gobierno, reforma de la Curia, cambio de los métodos de elección de obispos y cardenales. La misma carrera de Bergoglio es testimonio de esta ausencia, según lo que él mismo narra de sus promociones a obispo y a arzobispo. Llegado a la cima de la institución, el nuevo papa quiere revisar otra vez la figura de la Iglesia y el mundo, dejando de lado algunas prácticas de la política eclesial de los últimos siglos, buscando una nueva amalgama de las fortalezas de su institución piramidal con la predicación del cristianismo primitivo y con las crecientes tecnologías de comunicación global.

El catolicismo es una entidad social con extensiones y profundidades que exceden este y otros comentarios. La forma autocrática de la Curia romana más que como signo de control absoluto sobre el cuerpo eclesial puede interpretarse como valla defensiva frente a una vitalidad impetuosa, que viene de las bases y del origen cuando Jesús dijo “lo que anunció Isaías comienza hoy”. El drama de Roma consiste en manejar las formas que se le adosaron en dos milenios a la espera del Reino. Bergoglio es un hombre que ha sabido concentrar su vida en fuertes vivencias espirituales que ha convertido en tránsito al ejercicio del poder. Su horizonte no es solamente la virtud del alma o la de sus fieles, sino el drama de la historia y de su tensión hacia el Reino de Dios. Él mismo practica una de las formas de la cultura reciente, la celebración multimedial a nivel planetario, que puede producir o suplir las vivencias interiores de la fe. Una mística de la evangelización puede empujarlo a una conciencia de responsabilidad geopolítica mundial, sin olvidar, por supuesto, su país natal. El papa Francisco dijo en Brasil que hace falta una revolución copernicana, que consiste en sacar nuestro yo y poner a Dios en el centro. El papa sabe muy bien que I. Kant dijo, en un prólogo a su primera Crítica, que había que realizar una revolución copernicana, aunque en sentido contrario, para centrarse en el sujeto humano. El papa ha expresado muy bien los términos de una lucha cultural como lo había hecho la teología antimodernista, pero esta vez no desde una filosofía apologética sino desde el recuerdo de las primeras exhortaciones de los predicadores del Evangelio. Queda por ver el efecto que produce en la comunidad católica y en el resto de la sociedad esta combinación de llamado a la lucha y de llamado a la paz. ■

I PRÓXIMO NÚMERO

- Número 05 - 19 de septiembre
Del estado de las finanzas, a las finanzas del Estado

Universidad Nacional
de General Sarmiento 

Juan María Gutiérrez 1150 (entre José León Suárez y Verdi)
Conmutador: 4469-7500 - C.P. 1613 - Los Polvorines - Pcia. de Bs. As. - Argentina
info@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar

prensaUNGS

